

Rafael Jiménez Cataño: *Octavio Paz. Poética del hombre*. Pamplona: EUNSA 1992. 174 páginas.

Thomas Brons: *Octavio Paz. Dichterstil im mexikanischen Korporativismus*. Frankfurt/M. etc.: Peter Lang 1992 (*Hispanistische Studien*, 23). V, 266 páginas.

Dos publicaciones sobre la poesía y la poética de Octavio Paz documentan lo imperecedero del tema, revelando sin embargo, cada una a su propio modo, que la consagración del poeta ya es un círculo vicioso del que valdría la pena salir. El estudio de Rafael Jiménez Cataño sobre la antropología poética en la obra de Octavio Paz es un ejemplo de dicha consagración. Las ideas claves son conocidas: otredad como condición ontológica del hombre, contradicción entre soledad y comunión (p. 45), identidad como autonegación, así como afirmación del otro como otro yo. La autocreación humana cuyas coordenadas son otredad y muerte (p. 69), mismidad y alteridad, soledad y comunión, pasa por el amor, es decir, por la muerte de sí mismo (p. 68), y se realiza como itinerario circular (azteca, en *Piedra de sol*) o espacial (en *Blanco*, p. 63), en donde la metapoética afirma el protagonismo de la palabra. Al afirmarse como doble negación, la identidad poética va más allá de la autodestrucción de la poesía moderna (*Los hijos del limo*), deniega también el concepto de revolución en la política y se acerca, en opinión de Jiménez Cataño, al pensamiento cristiano.

Lo particular de este estudio es, efectivamente, el punto de vista cristiano bajo el cual retornan los motivos cardinales de la poética de Octavio Paz desde *El Arco* y *la Lira*, aquí matizados

sobre la base de una comparación con los escritos de Juan Pablo II — comparación que, a veces, desconcierta al autor mismo, cuando unos desajustes básicos frente a la teología cristiana se hacen evidentes (p. 51). La poesía revela la condición humana (p. 71), reafirmando su superioridad frente a la razón en tanto que superación de los contrarios. La tradición filosófica en la que Jiménez Cataño sitúa a Octavio Paz es tan obvia como su interpretación de la poética. Se trata en particular de la afinidad del autor con el *Tractatus* de Wittgenstein (p. 26), especialmente la consideración del sinsentido como expresión de la experiencia humana (p. 26), así como de la interpretación del silencio como un «discurso más amplio» que trasciende los límites del discurso (pp. 75, 158). También otras referencias respetables, desde los cantares mexicanos a Goethe y Sartre, son sabidas. Todos los temas están relacionados con la religión: El autor hace resaltar la postura afirmativa de Octavio Paz con respecto a la evangelización (p. 79), mientras que la autocreación de la poesía moderna se afirma como el sentido de perfectibilidad básica del hombre y, por lo tanto, como el deseo de superamiento del drama de la caída (ideológica y lingüística) que caracteriza al ser moderno. Diálogo, libertad de comunión y de conversión, la «herencia directa del cristianismo» (p. 110) y la superación del tiempo lineal de la historia por el instante poético (pp. 118-119) abren el camino a la redención que culmina en la experiencia de la otredad. Lo «otro» es, por supuesto, no solamente «el punto axial en la coordenada Oriente-Occidente» (p. 143), sino también el punto de encuentro de trascendencia e inmediatez en la imagen poé-

tica que «presenta y no representa», desbordando los límites de lo racional y de la comunicación intercultural (p. 155).

Sintomáticamente, el estudio desemboca en el rescate de Octavio Paz por el paradigma del amor como afirmación de «otredades» que incluyen (supuestamente) también a la mujer (p. 165) y que hacen de la poesía una experiencia próxima a la religión (p. 174). El estudio evidencia cuánto la poética del autor — desde *El Arco y la Lira* hasta las últimas publicaciones tanto de poesía como de crítica — se presta a fundar coherentes idearios que soslayan y reapaciguan el hombre consigo mismo.

Es en este contexto, en el que se inscribe el libro de Thomas Brons. Sobre la base de unos conocimientos «internos» de los típicos murmullos del mundo intelectual mexicano, Brons, en la primera parte de su estudio acerca de «la historia social de la lírica mexicana a partir del 1880», enfoca la estructura «corporativa» y paraestatal de los círculos intelectuales llamados libres, echando luz sobre la colaboración implícita de Octavio Paz con el régimen, al que la «crítica bien dosada» permite presentarse como «liberal». Brons desenmascara la postura reaccionaria implícita en el ideario del poeta — postura que, en el discurso de Estocolmo de 1990, culmina en la crítica de la revolución y de la política de Cuba. Bajo la apariencia de disidente (mitigado) frente al gobierno revolucionario institucionalizado, el escritor ataca substancialmente la revolución cubana, desacreditando la tradición izquierdista hispanoamericana y apoyando asimismo las dictaduras que siguen afirmándose en el continente. (No hace falta subrayar que la postura que Octa-

vio Paz asume sin rodeos acerca de los acontecimientos de Chiapas confirma hoy la validez de la crítica que Brons se atrevió a formular en 1992.)

Brons abre un discurso detabuizante que, al descubrir pormenores poco conocidos en los estudios hispanoamericanos de habla alemana, enseña claramente los mecanismos de represión intelectual que acompañan la sacralización del poeta, mecanismos facilitados por una práctica ensayística y poética de alejamiento de lo social y de encierro nihilista (narcisista) en juegos sugestivos de palabras que Brons ve simbolizados en versos (considerados independientemente de sus contextos) como «siempre el otro es nuestra víctima» (*Pasado en claro*, p. 187) o «fraternidad sobre el vacío» (*Nocturno de San Ildefonso*, p. 207). Su enfoque sociológico, basado en el concepto de corporatismo explica atinadamente la estructura de la «sociedad intelectual» mexicana, lo que Benedetti llamó polémicamente «mafia», calificando a Octavio Paz como a uno de sus representantes más influyentes. El enfoque de Brons pone en tela de juicio un discurso que sería imposible dentro de la sagrada esfera de lo político, en la que efectivamente se escriben los demás estudios sobre Octavio Paz. El autor ya no acepta la separación higiénica entre poética y política que tolera el sueño de la razón bajo fórmulas sugestivas, de las que el estudio de Rafael Jiménez Cataño da pruebas innegables. Al criticar la separación que el escritor buscó programáticamente después del 1968, Brons no se hace partidario de una poesía comprometida de tipo sartriano. Plantea más bien su investigación al centro del conflicto interdisciplinar, es decir de discursos,

rompiendo la coherencia soslayante y el aislamiento del discurso poético.

La propuesta de Brons es saludable por echar luz a los peligros de una consagración – como la de Jiménez Castaño –, que reprime lo que hoy ya no se puede echar de menos: la responsabilidad de las disciplinas frente al poder de la palabra en la construcción del mundo común. Brons intenta ofrecer el corporatismo como modelo de análisis. Es interesante, aunque no válida en absoluto, la interpretación «corporatista» del cambio en la poética de Octavio Paz después de 1968 – un cambio que la crítica tradicional atribuye (también con razón) a la recepción del estructuralismo y a la (auto-)crítica de Paz acerca de la postura surrealista. Brons observa que el concepto de solidaridad social de la producción poética anterior (*Piedra de sol*) deja lugar al mensaje nihilista de la poesía publicada cuando, al abandonar Paz su servicio diplomático, regresa a México y se reintegra en el sistema corporatista de la sociedad mexicana.

Ambos estudios enfocan textos básicos para la crítica que vio en Octavio Paz el *poeta vates* de la otredad. No comentados quedan textos cuya escritura, como en *Blanco*, se substraen a apropiaciones fáciles. Ahí se encuentra también el problema de la investigación de Brons. Bastante a menudo intervienen juicios dogmáticos, por ejemplo, en el panorama de una «historia social» de la poesía mexicana desde 1880 (pp. 56-70). También los instrumentos de crítica filológica son extremadamente ingenuos. Un uso más refinado del análisis filológico hubiera podido reforzar la posición de Brons, propiamente frente a los filólogos «puristas» que, menospreciando el enfrentamiento con la socio-

logía, podrán encontrar varios momentos débiles. Sin embargo, este defecto no invalida el intento de Brons. Su cambio de enfoque invita a reconsiderar el monopolio de Octavio Paz dentro de la recepción de la literatura y de la cultura hispanoamericana en Europa.

Vittoria Borsò